

PALABRAS ALUSIVAS 12 DE OCTUBRE 2022

Hoy nos distancian 530 años. 530 solsticios. 530 heridas. 530 desmemorias... y 530 razones para recordar y construir nos unen.

530 años has pasado desde aquel primer 12 de octubre, que marcó a los pueblos de América Latina con el yugo del oprimido. Hemos construido nuestra identidad desde el dolor y la ausencia. Las personas de América Latina afirmamos que somos aquello que no nos dejaron ser. Aquello que aplastaron. Aquello que saquearon. Aquello que ya no está.

Construimos nuestra identidad desde la negación. No somos como ellos, pero tampoco somos nuestros antepasados, quienes creemos que dejaron de existir hace siglos. No somos incas, ni aztecas, ni mayas, ni huarpes... No somos las cientos de manos negras que desembarcaban obligadas en estas tierras para los trabajos forzados...

Hemos construido nuestra identidad desde el fracaso y el subdesarrollo, como las sobras de las victorias y el crecimiento de los grandes centros de poder; convirtiendo a nuestras clases dominantes en dominadas hacia afuera. Somos quienes perdieron porque otros ganaron. Somos los subdesarrollados porque otros son el desarrollo. Somos el fracaso porque otros representan la victoria.

Hemos construido nuestra identidad desde la asfixia. Una asfixia producida a lo largo de 530 años por el peso de diferentes imperios, que siguen borrando nuestras costumbres y tradiciones a través del consumo de una cultura

globalizada y de masas que se presenta siempre al alcance de la mano, pero muchas veces muy lejos del bolsillo.

Hemos construido nuestra identidad desde el plagio. Queriendo tener la imagen y el renombre de muchas otras capitales mundiales, creyendo que íbamos a lograrlo implementando los mismos modelos y herramientas; como si fuese tan fácil moldear las mentes, los cuerpos, las geografías y la Historia.

Hemos afirmado que nuestra identidad parte desde la traición de las clases gobernantes que han entregado nuestro sudor y han abierto las venas de nuestras tierras vendiendo brazos y recursos a intereses extranjeros.

Hemos construido nuestra identidad desde el silencio. De todas aquellas personas a las que les quitaron la voz y de todas aquellas que prefirieron callar.

(Un silencio más prolongado)

Pero la historia escrita por vencedores no pudo hacer callar a los tambores. América Latina es un pueblo que se caracteriza por la unidad de la diversidad. Por eso la invitación, queridas y queridos estudiantes, autoridades, colegas docentes y no docentes es a dejar de pensarnos como un pueblo oprimido y comenzar a concebirnos como un pueblo resiliente. Con un símbolo de unión en la wiphala, que como todo símbolo adquiere poder en la unión de significados compartidos por una comunidad.

Somos nuestros antepasados nativos que adoraban las montañas nevadas como parte de sí mismos, somos esos miles de negros esclavizados que practicaban capoeira como expresión de libertad, somos las mestizas y los mestizos que fueron poblando estas tierras producto del amor; y también

somos esos blancos que vinieron en muchas épocas sobreponiéndose a las adversidades con arduo trabajo comunitario.

Somos el rojo, el naranja, el amarillo, el blanco, el verde, el azul y el violeta. Sabernos arcoíris nos hace ser conscientes de que la riqueza que radica en la diversidad es la base sobre la que debemos construirnos para erradicar el racismo, la xenofobia y la intolerancia, heridas que pese a que nos mostramos como tolerantes y flexibles no dejan de sangrar.

Hermanas y hermanos de América Latina: tenemos energía para irradiar al mundo. Tenemos ritmos, danzas, colores y sabores para compartir; y compartir no vale la pena, vale el amor y la alegría.

No inconscientemente estoy hablando de diversidad y a la vez de un solo pueblo. Es intencional. Tenemos que tener presente que a pesar de que seamos diferentes, que estemos bajo distintas banderas, que nos separen fronteras duras o flexibles, que nos distancien ideologías o riquezas; todas y todos somos latinoamericanos. Somos miles de gotitas fluyendo en el mismo río, camino al océano que nos empape de consciencia de nuestras posibilidades y fuerza.

Los dolores y las alegrías son emociones que cuesta mucho poner en palabras; y ahí es donde las letras y la poesía aparecen como buques para salvarnos y permitirnos hacer nuestro Relato de un Náufrago. Eduardo Galeano fue uno de los tantos que supo verlo, y escribió un pequeño relato titulado “Inventario General del Mundo” que dice así:

Arthur Bispo do Rosario fue negro, pobre, marinero, boxeador y artista por cuenta de Dios.

Vivió en el manicomio de Río de Janeiro.

Allí, los siete ángeles azules le transmitieron la orden divina: Dios le mandó hacer un inventario general del mundo.

Monumental era la misión encomendada. Arthur trabajó noche y día, cada día, cada noche, hasta que en el invierno de 1989, cuando estaba en plena tarea, la muerte lo agarró de los pelos y se lo llevó.

El inventario del mundo, inconcluso, estaba hecho de

chatarras,
vidrios rotos,
escobas calvas,
zapatillas caminadas,
botellas bebidas,
sábanas dormidas,
ruedas viajadas,
velas navegadas,
banderas vencidas,
cartas leídas,
palabras olvidadas y
aguas llovidas.

Arthur había trabajado con basura. Porque toda basura era vida vivida, y de la basura venía todo lo que en el mundo era o había sido. Nada de lo intacto merecía figurar. Lo intacto había muerto sin nacer. La vida solo latía en lo que tenía cicatrices.

América Latina tiene cicatrices porque ha vivido.

América Latina tiene cicatrices porque está viva.

América Latina se levanta y sigue, y construye, y avanza, y se alegra, y se fortalece y educa. Con todo el significado de la palabra y con todo el peso de la Historia.

Espero que todo esto no quede guardado... sino enterrado, enterrado bien profundo en nuestras mentes y corazones para que, como una semilla brote, crezca se ramifique y circule como la sangre en nuestras venas. Lata y vibre y nos impulse a convertirnos en ese pueblo que tanto deseamos. Que estas reflexiones que se me resbalan de la boca y se me caen de las manos circulen como aguas de ríos infinitos y obtengan frutos dulces y maduros que alimenten a miles.

Entiendo que esto puede llevarnos tiempo, esfuerzo, recursos, energías, ganas... Sé que podemos desesperarnos, desilusionarnos, agobiarnos y hasta hartarnos. No es algo que debemos hacer en soledad. Somos pueblo. Extendamos una mano para recibir y una mano para apoyarnos. Dejemos de lado los prejuicios, las estructuras rígidas, las malas intenciones, los intereses individuales. Despojémonos de todo aquello que han hecho de nosotros, para comenzar a construirnos nuevamente, no sólo de forma separada, sino pensándonos como comunidad. Una comunidad que encuentra apoyo, cuidado, respeto y trabajo en sus compañeras y compañeros... en sus hermanas y hermanos.

Hasta aquí yo puse sobre la mesa algunas razones para recordar y construir, para llegar a las 530, las otras debemos ponerlas en conjunto.

Muchas gracias.